

El relato maravilloso se prolonga hasta que el Pepe, conmovido en lo íntimo de su mundo soñado, se abre sin reservas.

No es esta una escena aislada solamente, ella está en función de la totalidad de la obra. Es el mundo ideal del mismo protagonista, que aparece en boca del cura, otro cazador veterano ya entre los hombres de aquel pueblo, que saben vivir con los elementos más humildes y a pesar de la estrechez.

La amenidad del relato no decae en ningún instante, al contrario va en aumento hasta el final mismo del libro, de tal manera que el lector anhela que el relato continúe.

Si es verdad que la expresión se aprieta más que en las novelas anteriores de Delibes, y adquiere mayor prestancia, también encontramos, con mucha frecuencia, que se nos hace —a nosotros los chilenos— ininteligible por el exceso de regionalismos o del argot del personaje o de los cazadores aficionados que allí aparecen. Sin embargo, esto que puede ser un defecto del estilo, contribuye a que el lenguaje se torne chispeante y fresco, y nos hace recordar algunas de nuestras mejores novelas criollas, que para el español o cualquier extranjero suelen ser también incomprensibles.—*Luis E. Muñoz G.*



“33 ESCALONES DE ESPERANZA”, poemas de *María Eugenia González Olachea*. Perú, 1957

Disciplinado en la prosa, en cuyas estancias, de paso, la poesía deja sus esencias, me siento, sin duda profano y comedido, cada vez que un manojo de versos requiere mi atención, ofrecido en jardinera de cristal o en jarrón de mayólica. Habitados a penetrar y avizorar en la novela y el cuento, por principio más objetivos que íntimos, entramos en el mundo del verso caminando con la punta de los pies, para no interrumpir el silencio, cargado de secretos, que precede a la voz próxima. Cada vez que abro un libro de versos, tengo esta acti-

tud de presentimiento y de fervor, pues estoy ante la verdad del espíritu y la carne, ante la entrega del ser que sabrá darse para embeleso de muchos.

Algo temeroso de esa voz que alguna vez nos ha dicho muy poco y otras tanto, espigamos las páginas de María Eugenia González Olachea en este su primer libro, que ella confía a un mundo indiferente y neurótico. El dolor, la esperanza y cierta voluntad de vida, constituyen el licor de su poesía austera, algo hermética al par que candente, contenida por los pudores de la mujer formada en un medio social constreñido. La cosecha del primer tiempo, que la poetisa enmarca entre dos fechas, vale por un ejercicio de la forma rítmica en torno al sentimiento y al anhelo inefable, a veces vagaroso, aunque latente: los sueños ante la vida cerrada, la imagen del amado o de la madre desaparecida. Pero ya en el segundo lapso, nos quedamos de súbito prendidos en una página donde el verso cede ante lo inesperado. La voz sube y nos penetra, venida del labio próximo, del pecho tibio y generoso; lo corpóreo y sensual está fundido en la plenitud y misterio de la imagen, de la idea candente. Es la voz del ser conmovido.

Has de gritar

aunque los años se te antojen eriales de silencio;

aunque no existan oídos en los hombres;

aunque tu grito se ahogue en las piedras y la nieve;

aunque no queden sino el mar y tú para escucharlo.

A esta voluntad de vida sucede el decaimiento y con él la invocación a Dios, el asirse del alma disminuida y cansada... ¿De qué? De vivir los días iguales, de escuchar el insumiso latir de la sangre que no entiende de quietud y se encrespa ansiosa de lo inesperado y posible. La contienda de la sangre y el espíritu genera la imagen transida y humilde en afán de sublimación del cuerpo y de los sueños rendidos.

*Señor del Universo,
de viajar estaciones ya me canso;
siembra dulzor de musgo y terciopelo,
bajo la piel doliente de mis plantas.*

.....
*Desnuda estoy, Señor del Universo,
cúbreme de silencios y mañanas;
en mis manos aloja tus misterios,
y alúmbrame las noches hasta el alba.*

No todo en la poetisa trasunta su propio universo. Acaso la intuición de sí misma proyecta e ilumina aquello que es parte de la unidad milagrosa en la vida, razón de eternidad: el hombre. La mujer sabe decir lo entrañado y luego advierte, estremecida, que junto a su soledad y su canto, vive la soledad del hombre, ese mundo paralelo que no puede serle ajeno, aunque sólo se queme en pensamiento sobre la tierra, porque tiene la vivencia del eco en el bosque y en la entraña. Adivina una soledad del hombre, mientras más alto y menos carnal se muestre, pues el espíritu en él es también búsqueda, inquietud, angustia.

*Hombre, que por la vida pasas como un lamento sordo,
con tu angustia por guía, y tu angustia a la espalda;
con hambre en las entrañas;
que llamas a una puerta que casi nunca se abre.*

.....
*que saliste del barro para volver al barro;
que no bien has llegado . . . , y ya te encuentras viejo;*

.....
*¿por qué no te sonríes?
aún te queda el alma . .*

Rara vez deja oír la voz en llama. Esta mujer que lleva como todos su bagaje de tristeza por lo que no llega o por la sorda sorpresa de lo que no se espera, ignora el grito, pero sabe preludiar su canto y el tono queda, que a veces nos parece impersonal, deja percibir o insinúa el anhelo y la esperanza, o la indiferencia, el egoísmo y el paso ausente de la vida elemental. En su verso limpio, en su voz directa, asoma el rasguño ligero como el vaho en el cristal. En el poema *Mi dicha y el viento*, leemos:

*Yo le ofrezco al viento
la sal de mis ojos,
mis hombros cansados,
mi vientre dormido,
mis pasos de siglos,
mi tristeza helada.
Voy buscando al viento...,
y el viento se esconde.*

Pero cuando la ofrenda es feliz, y hay en ella gozo y calor, el azar es propicio. Y canta:

*¡El viento me escucha!
¡El viento me llama!*

Sin duda, mientras pasan las páginas de este breviario espiritual, la voz de esta mujer brega en las densas aguas del pudor emotivo, de la conciencia tímida. El verso retiene los secretos impulsos de una entrega abismal y altiva. Poco a poco, al calor de los años vividos y ya ausentes, la emoción rebrota y busca la luz y el contacto, persigue la respuesta de la vida y ello crea la inédita resonancia, siempre severa, acrisolada. Austeridad lírica, defensa del venero. Sólo en el poema final escuchamos la voz ya despojada del sayal y de esa gris transparencia, al conjuro del amor filial. Parece trizarse el granito; la estrofa vierte su licor, en un pulso estremecido, pero acendrado, incorruptible:

No estoy sola, madre, sé que no te has ido;

.....
*Mi cuarto es el tuyo,
un poco más triste, y un poco más grande.*

Bajo los dinteles

*—donde aún solloza la ausencia en los goznes—,
en el cofre verde que extraña tus manos,*

en aquella cómoda,

entre mis cuadernos,

cerca de mi lecho,

junto a las paredes y al Cristo silente de la cabecera,

de día o de noche,

con risa o con lágrimas,

me acompañan siempre tus ojos lejanos.

Y cuando me marchó

por las calles anchas que dan al recuerdo

—donde algunas veces me siento cansada—

no estoy sola, madre, nos vamos del brazo:

tú, con tu silencio,

yo, con mi nostalgia;

tú, con un gran ramo de begonias blancas,

yo, con mi vestido nuevo de esperanza...

Voz límpida en el estruendo y el vértigo de nuestro tiempo, ¿qué caminos conquistará mañana? ¿Qué heridas y qué gozo atizarán la hoguera del triunfo?

La poesía de María Eugenia González Olachea posee la tersura de la virginidad y el aliento del ángel que aprieta su entraña y retiene sus alas ante la vorágine que amenaza arrastrarlo. Cuando su canto ilumine el abrazo y anuncie el milagro del mañana que adivino en sus poemas más afortunados, sabremos lo que merece esta poetisa que hasta ahora nos niega muchos de sus más caros momentos.—
Lautaro Yankas.